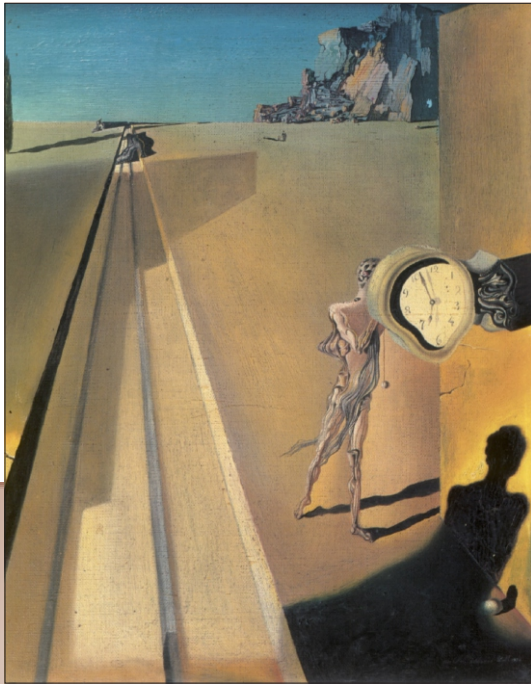




CUARTA PARED



JOSÉ LUIS FRASINETTI
PREMIO ÚNICO 2013



Frasinetti, José Luis

Cuarta pared. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2014.

64 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-26-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuento. I. Título

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

SEPTIEMBRE 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Contacto con el autor: joseluisfrasinetti@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

VI CERTAMEN DE CUENTO Y POESÍA

PREMIO ÚNICO CUENTO 2013

CUARTA PARED

JOSÉ LUIS FRASINETTI

JURADO

PRESIDENTE:

LILIANA DÍAZ MINDURRY

(ESCRITORA)

MIEMBROS:

PATRICIA BENCE CASTILLA

(ESCRITORA/EDITORIA)

EVA JUNGMAN

(PREMIO ÚNICO CUENTO 2012)

EMANUEL CARRIZO

(ÚNICA MENCIÓN DE HONOR CUENTO 2012)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

“Sumergí las fotos en té para envejecerlas”.

Eduardo Galeano

ESPIRALES

En lo que resta del silencio está él. Es un hombre con los ojos puestos en unos naipes.

(La escena se ha repetido más de una vez y las barajas tienen en su reverso el color de las paredes del frente del boliche... Un rosa pálido, gastado por los años, un rosa con más agua que tinta, chorreando desde la mismísima oscuridad de los techos).

Entonces todo vuelve a repetirse. De un modo diferente, la nada es apenas para él un boceto del todo y Migueles lo sabe porque el hombre ese, el que sostiene con cierto temblor los naipes sabe que hay un punto de fuga para escaparle a los círculos y que, por más que se escude en los vicios, esa noche (después de perder por tercera vez al truco) deberá morir.

En lo que resta del silencio, Migueles dice que Morales se ha puesto viejo de la noche a la mañana. Pero nadie lo ha dicho, supone el pulpero porque, nublado de soledad, el farol de noche se ha encendido y nadie ha puesto el pie ni ha dicho lo que se ha querido que se dijera. Rascándose la nuca y poniendo los ojos en un punto, Morales parece saber lo que Migueles dice por dentro. Porque Migueles no habla por hablar y, cuando algo se le entrefiera en sus pensamientos, cuando las palabras se vuelven imágenes que se mueven en la memoria, él siente que debe terminar la frase y recortar una a una las palabras para volverlas a reubicar en la historia y escribirla de otra manera. Las palabras se juntan para formar una metáfora que el hombre no entiende que es tal. El hombre las ha arreado hasta el contrapunto consigno mismo. Las ha esperado con el filo del facón cortando la noche como si algo pudiera cortar en ese infierno grande de pago chico donde el rompecabezas pareciera ser un todo indivisible porque todo es reiteradamente igual, como esto de oír un galope que se acerca o de ver por la ventana la luz de un auto que pasa por

detrás de la lomada que se levanta justo delante de la curva.

-*Como usted diga* -dijo alguien; si es que alguien dice algo cuando las palabras no sobran.

Pero con los ojos puestos en los naipes, poco puede esperarse del hombre que los mira. La vida es una combinación de los cuatro palos. Pero no es Morales el que piensa con oros. Es Migueles quien va relatando lo que supone que sucederá con los bastos o con esa desmesurada combinación de copas y de espadas en que se ha transformado la historia que nadie se atreve a representar en esa escenografía de cuatro porrones de cerveza y ningún vaso. *Carajo, hijo e puta, el Mingo*. Con cara de Caperucita roja con esa boina que heredó de su tata, afiliado al partido conservador, diciendo lo que Morales no dice, dejando la ventana abierta para que entre la brisa de los campos y el relincho del tobiano desde el palenque. Que las tiene todas, no dice. Que si envidia o vale cuatro porque... qué mentira piadosa no mentir. Decir que una polilla ha volado hasta el sol de noche y que el tiempo parece detenido en la piedad de los ojos de la pulpera que ofrece dulce y queso, mientras Migueles mezcla y pide que corten con eso de andar diciendo lo que no debe decirse. Los ojos se cruzan por sobre los abanicos rosados. Se miran unos a otros. Mienten en parejas. El que está a la izquierda corta el mazo y el que las ha mezclado espera. Las toma y las reparte como ayer ha repartido las tareas para la yerra en los potreros de Antenor.

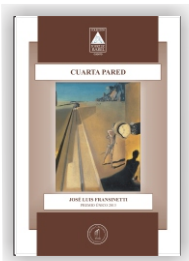
Hablar de él es decir siempre lo mismo. Entonces nadie es semejante a él ni siquiera en la simetría de no parecerse a sí mismo por eso que no se reconoce en él y sí en el otro. Es como leer su propia historia en la del otro, como ser Fierro o Cruz o los dos al mismo tiempo o lo que pareciera ser mejor, no ser nadie, si es que alguien es algo en este mundo. De ser un hombre que reúne las cartas en el mazo y las reparte, pasa a ser un hombre que ahora mira fuerte, que pone dos palabras delante de la mirada firme y las fija en el silencio. Palabras como pequeños hilos rojos que quieren ser la urdimbre de un

día miserable en el que se ha dado el gusto de probar el filo del facón.

Con una escenografía de tobianos y alazanes revoleando la cola en el palenque, el hombre se refleja de cuerpo entero en esos charcos quietos que son los ojos de Ramona. La figura es difusa pero pone miedo, echa miedo por la boca, por los ojos, se agranda y forma un todo sombrío en cada uno de los charcos.

Entonces, el hombre que ha levantado sus ojos de los naipes, lo mira. Mira el sombrero aludo negro con el que ha jugado en su infancia, escucha las botas en el piso de pinotea pero no ve lo que los otros ven. Escucha los gritos, sí pero sabe que todo está dicho, narrado con palabras eficaces.

Entonces, tras el estruendo del arma alcanza a decir perdón, y en lo que resta del silencio, la urdimbre de su cuerpo se deshace en una infinidad de hilos rojos.



“Cuarta Pared”, el segundo libro de cuentos del escritor argentino José L. Frasinetti, reúne a modo de laberinto- una secuencia de historias que, como yuxtaposiciones fotográficas, reconstruyen la soledad de los personajes en un ambiente persistente que se constituye no sólo en el fondo de esas figuras que como fantasmas- avanzan por los laberintos de un decir polifónico que en algún punto llega a no pertenecerles sino en reflejos fidedignos de un entorno caótico y marginal. En esa serie de acciones con uno o varios personajes dentro de un contexto, en ocasiones sin especificar, el lenguaje de la vida descubre sus texturas oscuras para iluminar historias reiteradamente desarmadas en las que habitualmente se produce un desequilibrio o elemento de ruptura que desencadena la trama de cada uno de esos pequeños mundos entrelazados, en un orden de caos y singularidad. Los cuentos de “Cuarta pared” son minúsculos nudos que debe desarmar el lector, un collage polifónico que desafía y yuxtapone las marcas de los géneros literarios clásicos con historias que narran, desde lo poético y lo dramático, los intersticios más esenciales de la condición humana.

Dolores Ruiz Díaz

